



MALULI VERA

La Niña Blanca



La niña blanca

En un pueblo con chozas de madera pintadas de colores, vivía una niña muy pequeña llamada Albita. Su piel era blanca, su pelo blanco, sus pestañas también. Cuando su madre la vestía de blanco casi no se la veía porque se confundía con las paredes del dormitorio.

- ¡No debe mirar al sol, puede quedar ciega! -pronosticaron desde el día en que nació.

Sus padres se convirtieron en sombras, no fuese que le pasara algo a su única hija. Tan grande era su miedo, que pusieron postigos en las ventanas y candados en las puertas para impedir cualquier imprudencia de la niña.

La mamá permanecía a su lado, horas y horas, porque Albita se moría de ganas de salir, sobre todo en las mañanas, cuando los pajaritos la invitaban desde la arboleda a jugar y cantar con ellos.

Por suerte su gato negro Ron-ron le hacía compañía. Enroscado en su cuello parecía una bufanda ron-ronera. Mimoso a más no poder, pedía que ella lo meciera como a un bebé.

- ¡Habrás visto tamaña osadía! -decía la mamá.

Pero como a Albita le daban todos los gustos, excepto salir al sol, ese gato avivado podía andar encaramado a la niña como si fuera parte de ella, y claro, Ron-ron aprovechaba lo grande.

Cuando llegaba la tarde salía a pasear con sus padres. Los perros callejeros, sorprendidos, ladraban a su paso. La gente la miraba como si fuera un personaje de circo.

- Pobrecita, su blancura le hace mal -cuchicheaban.

Albita no se avergonzaba. Igual repartía sonrisas a los mirones. Se sacaba los zapatos apenas tomaba el sendero del paseo diario. Era feliz sintiendo la tierra bajo sus pies descalzos. ¡Qué gusto! No había nada tan placentero.

A veces se empacaba en una esquina sin que nadie lograra hacerla entrar en razones. Ahí es que aprovechaba para hacer pozos y escarbar la tierra como los perritos. Le encantaba curvicular los terrones grandes, convertirlos en polvo y dejarlos caer sobre sus piernas.

-Albita, portate como una señorita. ¡Qué cara sucia! Mmmm. ¡Y ese vestido! Ella, como si nada, semana tras semana volvía a hacer lo mismo. Es que era ¡muy pero muy caprichosa!

En el fondo la mamá la comprendía. Aún empavonada de barro, su hija era feliz. Solo para no perder la costumbre la rezongaba.